

## SITUACIÓN EN RUSIA DURANTE LA GUERRA

### Capítulo 19

Julio-octubre 1916

Cuando la ofensiva Brusílov llegó a un punto muerto, Grigori fue destinado a la capital, renombrada ya como Petrogrado porque San Petersburgo tenía connotaciones demasiado alemanas. Al parecer, se requerían soldados curtidos en la lucha para proteger a la familia del zar y a sus ministros de los ciudadanos furiosos. Los supervivientes del batallón fueron fusionados con el 1er Regimiento de Artillería, un cuerpo de élite, y Grigori se instaló en sus cuarteles de la avenida Samsonievski, en el distrito de Viborg, un barrio obrero de fábricas y suburbios. Los artilleros del 1er Regimiento comían bien y disponían de un techo, en un intento de mantenerlos lo bastante contentos para defender el detestado régimen.

(Va a visitar a Katerina y le lleva algo de comida):

Grigori extrajo un trozo de salchicha, una col y una lata de mermelada del petate. Katerina miró incrédula todo aquello—. De la cocina de los cuarteles — explicó él.

Ella abrió la mermelada y le dio un poco a Vladímir con una cucharilla. El pequeño la comió y dijo:

—¿Más?

Katerina se llevó una cucharada a la boca y luego siguió dándole al niño.

—Esto es como un cuento de hadas —dijo—. ¡Tanta comida! ¡No voy a tener que dormir a la puerta de la panadería!

Grigori frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

Ella tomó otra cucharada de mermelada.

—Nunca hay suficiente pan. Por la mañana, en cuanto la panadería abre, ya está todo vendido. La única forma de conseguir pan es hacer cola. Y si no estás allí antes de medianoche, para cuando llegas al mostrador ya no queda nada.

—Dios mío. —No soportaba imaginarla durmiendo en la calle—. ¿Y Volodia?

—Una de las chicas está pendiente de él en mi ausencia, aunque ahora ya duerme de un tirón toda la noche.

No era de extrañar que la mujer del comerciante estuviera dispuesta a vender su cuerpo a Grigori a cambio de una hogaza de pan. Probablemente se había excedido con lo que le había pagado.

—¿Cómo te las arreglas?

—Gano doce rublos a la semana en la fábrica.

Él se sorprendió.

—Pero... ¡eso es el doble de lo que ganabas cuando me fui!

—Y entonces el alquiler de esta habitación era de cuatro rublos semanales; ahora es de ocho. Eso me deja cuatro rublos para todo lo demás. Y una bolsa de patatas antes costaba un rublo, pero ahora cuesta siete.

—¡Siete rublos por una bolsa de patatas! —Grigori no daba crédito—. ¿Cómo vive la gente?

—Todo el mundo pasa hambre. Los niños se desploman y mueren. Los ancianos se apagan. Cada día es peor, y nadie hace nada.

## Capítulo 23

Marzo 1917 (La Revolución desde dentro)

La primavera llegó a Petrogrado el jueves 8 de marzo, pero el Imperio ruso seguía aferrándose obstinadamente al calendario juliano, de manera que para ellos era el 23 de febrero. El resto de Europa llevaba ya trescientos años utilizando el calendario moderno.

El aumento de las temperaturas coincidió con el Día Internacional de la Mujer, y las trabajadoras de las fábricas textiles se declararon en huelga y marcharon desde los suburbios industriales hacia el centro de la ciudad para protestar por las colas del pan, la guerra y el zar. El racionamiento del pan había sido algo anunciado, pero parecía haber empeorado más aún la escasez.

El 1er Regimiento de Artillería, igual que todas las unidades militares que había en la ciudad, estaba allí destacado para ayudar a la policía y a la caballería cosaca a mantener el orden. ¿Qué sucedería si los soldados recibían órdenes de disparar contra las manifestantes?, se preguntó Grigori. ¿Obedecerían, o volverían los fusiles contra sus oficiales? En 1905 habían obedecido las órdenes y habían disparado a los obreros. Sin embargo, desde entonces el pueblo ruso había padecido una década de tiranía, represión, guerra y hambre.

Con todo, no se produjo ningún altercado y, esa noche, Grigori y su sección regresaron a los barracones sin haber disparado un solo tiro.

El viernes, más trabajadores se declararon en huelga.

El zar estaba en el cuartel general del ejército en Mogilev, a unos seiscientos cuarenta kilómetros de allí. Al mando de la ciudad se encontraba el comandante del Distrito Militar de Petrogrado, el general Jabálov, quien decidió mantener a los manifestantes alejados del centro destacando a los soldados en los puentes. La sección de Grigori estaba apostada cerca de los barracones, protegiendo el puente Liteini, que cruzaba el río Neva hacia la avenida Liteini. Pero el agua todavía estaba congelada y hielo era firme, así que los manifestantes frustraron el empeño del ejército marchando sencillamente sobre el río... para gran alegría de los soldados que los contemplaban, la mayoría de los cuales, igual que Grigori, simpatizaban con ellos.

Ningún partido político había organizado la huelga. Los bolcheviques, así como los demás partidos revolucionarios de izquierdas, se encontraron siguiendo a la clase trabajadora, en lugar de liderándola.

Una vez más, la sección de Grigori no tuvo que entrar en acción, pero no sucedió lo mismo en todas partes. Cuando volvió a los barracones el sábado por la noche, se enteró de que la policía había atacado a los manifestantes delante de la estación del ferrocarril, al final de la avenida Nevski. Sorprendentemente, los cosacos habían defendido a los trabajadores contra la policía. Los hombres hablaban ya de los «camaradas cosacos». Grigori se mostraba escéptico. Los cosacos nunca habían sido leales de verdad a nadie más que a sí mismos, pensó; solo les apasionaba luchar.

El domingo, Grigori se despertó a las cinco de la madrugada, mucho antes de las primeras luces del alba. Durante el desayuno corrió el rumor de que el zar había dado órdenes al general Jabálov de que pusiera fin a las huelgas y las manifestaciones valiéndose de toda la fuerza que fuese necesaria. Grigori pensó que esa era una frase muy agorera: «toda la fuerza que fuese necesaria».

Después de desayunar, los sargentos recibieron sus órdenes. Cada pelotón tenía que proteger un punto diferente de la ciudad: no solo los puentes, sino también los cruces, las estaciones de ferrocarril y las oficinas de correos. Los piquetes estarían comunicados mediante teléfonos de campo. La capital del país tenía que salvaguardarse como si fuera una ciudad enemiga capturada. Y lo peor de

todo: el regimiento tenía que apostar ametralladoras en los puntos conflictivos más probables.

Cuando Grigori transmitió las órdenes a sus hombres, quedaron horrorizados.

—¿De verdad piensa el zar ordenar al ejército que ametralle a su propio pueblo? —preguntó Isaak.

—Si lo hace, ¿le obedecerán los soldados? —preguntó Grigori a su vez.

Su creciente alteración iba acompañada por un miedo equiparable. Se sentía alentado por las huelgas, ya que sabía que el pueblo ruso tenía que desafiar a sus gobernantes. De no ser así, la guerra se alargaría, la gente moriría de hambre y no habría ninguna esperanza de que Vladímir pudiera conseguir una vida mejor que la de Grigori y Katerina. Fue esta convicción lo que hizo que se uniera al Partido. Por otro lado, abrigaba la secreta esperanza de que, si los soldados sencillamente se negaban a obedecer las órdenes, la revolución podría estallar sin un gran derramamiento de sangre. No obstante, cuando su propio regimiento recibió instrucciones de apostar ametralladoras en las esquinas de las calles de Petrogrado, empezó a sentir que esa esperanza había sido una necedad.

¿Era posible siquiera que el pueblo ruso lograra escapar de la tiranía de los zares? A veces no le parecía más que una fantasía. Sin embargo, otras naciones habían vivido su revolución y habían derrocado a sus opresores. Incluso los ingleses habían matado una vez a su rey.

Petrogrado era como una olla de agua puesta al fuego, pensó Grigori: de ella salían algunos remolinos de vapor y unas cuantas burbujas de violencia, la superficie cabrilleaba a causa del intenso calor, pero el agua parecía titubear y, como decía la sabiduría popular, la olla observada no arrancaba nunca a hervir.

Enviaron a su pelotón al Palacio de Táurida, la inmensa residencia estival de Catalina II en la ciudad, reconvertida en sede del Parlamento títere de Rusia, la Duma. La mañana fue tranquila: incluso a los muertos de hambre les gustaba dormir hasta tarde los domingos. Sin embargo, el tiempo seguía soleado y al mediodía empezó a llegar gente desde los barrios de la periferia, a pie y en tranvía. Algunos se reunieron en el amplio jardín del palacio. No todos ellos eran trabajadores de las fábricas, comprobó Grigori. Había hombres y mujeres de clase media, estudiantes y unos cuantos empresarios de aspecto próspero. Algunos habían llevado también a sus hijos. ¿Se estaba formando una manifestación política, o solo habían salido a pasear por el parque? Grigori supuso que ni ellos mismos lo sabían.

En la entrada del palacio vio a un joven bien vestido, cuyo apuesto rostro le resultó conocido de haberlo visto en las fotografías de los periódicos, y reconoció entonces al diputado trudovique Aleksandr Fiódorovich Kérenski. Los trudoviques eran una facción moderada disidente de los Socialistas Revolucionarios. Grigori le preguntó qué estaba sucediendo dentro.

—Hoy el zar ha disuelto formalmente la Duma —le explicó Kérenski.

Grigori sacudió la cabeza con disgusto.

—Una reacción muy típica —dijo—. Reprimir a los que protestan, en lugar de ocuparse de sus quejas.

Kérenski le lanzó una mirada severa. Tal vez no había esperado semejante análisis por parte de un soldado.

—Ciertamente —repuso—. De todas formas, los diputados no estamos acatando el edicto del zar.

—¿Qué sucederá?

—La mayoría de la gente cree que las manifestaciones se irán apagando en cuanto las autoridades consigan restablecer el suministro de pan —dijo Kérenski, y entró.

Grigori se preguntó qué hacía creer a los moderados que eso iba a suceder. Si las autoridades fueran capaces de restablecer el suministro de pan, ¿no lo habrían hecho ya, en lugar de racionarlo? Sin embargo, los moderados siempre parecían fiarse más de las esperanzas que de los hechos.

(Y al día siguiente...)

Grigori contaba con treinta hombres y dos cabos. Los había apostado en cuatro líneas de a ocho cortando la calle, bloqueando el extremo del puente. Pinski tenía más o menos la misma cantidad de hombres, la mitad a pie y la mitad a caballo, y él los dispuso a ambos lados de la calzada.

Grigori observaba con inquietud la marcha que se aproximaba. No podía predecir lo que sucedería. De haber estado solo, podría haber evitado la carnicería ofreciendo una resistencia puramente simbólica y luego dejando pasar a los manifestantes. Pero no sabía qué haría Pinski.

El gentío se acercaba. Había cientos de personas... no, miles. Eran hombres y mujeres vestidos con casacas azules y sobretodos rasgados, típicos de los trabajadores de las fábricas. La mayoría llevaban brazaletes o cintas rojas. Sus pancartas decían «Abajo el zar» y «Pan, paz y tierra». Grigori llegó a la conclusión de que aquello ya no era una mera protesta: se había convertido en un movimiento político.

A medida que los cabecillas se acercaban, sintió cómo el nerviosismo atenazaba a sus hombres, que aguardaban firmes.

Se adelantó para ir al encuentro de los manifestantes. A su cabeza, para sorpresa suya, iba Varia, la madre de Konstantín. Llevaba el pelo cano recogido con un pañuelo rojo y enarbolaba una bandera, roja también, atada a una gran vara.

—Hola, Grigori Serguéievich —dijo la mujer con afabilidad—. ¿Vas a dispararme?

—No, no voy a hacerlo —respondió él—. Pero no puedo hablar por la policía.

Aunque Varia se detuvo, los demás siguieron la marcha, empujados desde atrás por miles de personas más. Grigori oyó que Pinski ordenaba avanzar a su caballería. La policía montada, los llamados «faraones», era la sección más odiada del cuerpo. Iban armados con látigos y porras.

—Lo único que queremos es ganarnos la vida y dar de comer a nuestras familias. ¿No es eso lo que quieres tú también, Grigori? —preguntó Varia.

Los manifestantes no se enfrentaron a los soldados ni intentaron atravesar su formación para cruzar el puente. En lugar de eso, se estaban dispersando por los terraplenes que había a lado y lado. Los faraones de Pinski hacían avanzar nerviosamente a sus caballos por el camino de sirga intentando cerrar el paso hacia el hielo, pero no eran suficientes para formar una barrera continua. Sin embargo, ningún manifestante quería ser el primero en echar a correr hacia el río, y se produjo un momento de indecisión.

El teniente Pinski se llevó el megáfono a la boca.

—¡Háganse atrás! —gritó. El instrumento no era más que una pieza de hojalata en forma de cono, y solo conseguía amplificar un poco su voz—. No les está permitido entrar en el centro de la ciudad. Vuelvan a sus lugares de trabajo de manera ordenada. Es una orden de la policía. ¡Atrás!

Nadie se hizo atrás (la mayor parte de la gente ni siquiera pudo oírlo), pero los manifestantes empezaron a abuchearlo y a silbar. Desde el grueso de la muchedumbre, alguien lanzó una piedra que le dio a un caballo en la grupa. El animal se sobresaltó. El jinete, pillado por sorpresa, casi cayó al suelo. Furioso, volvió a enderezarse, tiró de las riendas y aguijó al caballo con su látigo. La muchedumbre se rió, lo cual enfureció más aún al policía montado, que aun así logró dominar a su caballo.

Un valiente manifestante aprovechó el momento de diversión, esquivó a uno de los faraones del terraplén y echó a correr por el hielo. Muchos otros, a ambos lados del puente, siguieron su ejemplo. Los faraones sacaron entonces los látigos y

las porras, y empezaron a hacer avanzar y retroceder a sus caballos mientras arremetían contra la multitud. Varios manifestantes cayeron al suelo, pero algunos consiguieron pasar y otros se envalentonaron y decidieron intentarlo también. Al cabo de unos segundos, treinta personas o más corrían sobre el río helado.

Para Grigori era un desenlace feliz. Podría decir que había intentado hacer cumplir la prohibición, y que, de hecho, había impedido que la gente cruzara por el puente, pero que la cantidad de manifestantes era demasiado grande y había resultado imposible impedir que la gente cruzara el hielo.

Pinski no lo veía así.

Volvió su megáfono hacia los policías armados y gritó:

—¡Apunten!

—¡No! —exclamó Grigori, pero ya era demasiado tarde.

Los agentes adoptaron la posición de disparo, apoyados en una rodilla, y alzaron los fusiles. Los manifestantes que estaban al frente de la aglomeración intentaron retroceder, pero los miles que tenían detrás los empujaban hacia delante. Algunos corrieron en busca del río, haciendo frente a los faraones.

—¡Fuego! —gritó Pinski.

Se oyó el estruendo de los disparos, como si fueran fuegos de artificio, seguidos de gritos de pánico y chillidos de dolor a medida que los manifestantes caían muertos y heridos.

Grigori sintió que retrocedía doce años. Vio la plaza de delante del Palacio de Invierno, a cientos de hombres y mujeres rezando de rodillas, a los soldados con sus fusiles y a su madre tirada en el suelo mientras su sangre se esparcía sobre la nieve. Mentalmente, oyó al Lev de once años gritar: «¡Está muerta! ¡Mamá está muerta, mi madre está muerta!».

—No —dijo en voz alta—. No dejaré que vuelvan a hacerlo. —Quitó el seguro de su fusil Mosin-Nagant para liberar el cerrojo y después lo afianzó contra su hombro.

La muchedumbre gritaba y corría en todas direcciones, pisoteando a los caídos. Los faraones habían perdido el control de la situación y arremetían a diestro y siniestro. La policía disparaba indiscriminadamente a la multitud.

Grigori apuntó con mucho cuidado a Pinski, intentando darle hacia la mitad del cuerpo. No tenía muy buena puntería, y el policía se encontraba a unos cincuenta metros, pero tenía posibilidades de acertar. Apretó el gatillo.

Pinski siguió gritando por su megáfono.

Grigori había fallado. Bajó la mira (el fusil saltaba un poco hacia arriba al disparar) y volvió a apretar el gatillo.

De nuevo falló.

La matanza seguía, la policía disparaba indiscriminadamente contra una muchedumbre de hombres y mujeres que huían.

El fusil de Grigori tenía cinco cartuchos en el cargador, y él solía dar en el blanco con alguno de los cinco. Disparó una tercera vez.

Pinski profirió un grito de dolor que fue amplificado por el megáfono. Su rodilla derecha pareció doblarse bajo su peso. Tiró el megáfono y cayó al suelo.

Los hombres de Grigori siguieron su ejemplo. Atacaron a la policía, algunos disparando y otros utilizando los fusiles como porras. Los había que tiraban a los faraones de sus caballos. Los manifestantes se armaron de valor y se unieron a ellos. Algunos de los que estaban en el hielo dieron media vuelta y regresaron.

La furia de la turba era espantosa. Durante más tiempo del que nadie podía recordar, los policías de Petrogrado se habían comportado como bestias desdeñosas, indisciplinadas y descontroladas, y de pronto el pueblo se estaba cobrando su venganza. Los agentes que habían caído al suelo recibían patadas y pisotones, los que seguían de pie eran abatidos, y los faraones veían caer sus caballos a disparos. La policía resistió solo unos momentos más; después, los que pudieron huyeron.

Grigori vio a Pinski intentando ponerse en pie. Volvió a apuntar, impaciente por acabar con aquel malnacido, pero un faraón se cruzó en su línea de fuego, subió a Pinski a pulso sobre el cuello de su caballo y se alejó al galope.

Grigori se quedó plantado, mirando cómo huía la policía.

Se dio cuenta de que se había buscado el problema más grave de toda su vida.

Su pelotón se había amotinado. Contraviniendo directamente las órdenes que tenían, habían atacado a la policía, no a los manifestantes. Y él los había dirigido al disparar al teniente Pinski, que había sobrevivido para contar la historia. No tenía forma de encubrir lo que acababa de suceder, ninguna excusa que pudiera ofrecer cambiaría en nada la situación, no había modo de escapar del castigo. Era culpable de traición. Podían formarle un consejo de guerra y ejecutarlo.

A pesar de todo, se sentía feliz.

Varia se abrió camino entre el gentío. Tenía sangre en la cara, pero sonreía.

—¿Y ahora qué, sargento?

Grigori no pensaba resignarse a recibir su castigo. El zar estaba asesinando a su pueblo. Bueno, pues su pueblo contestaría disparando.

—A los barracones —dijo Grigori—. ¡Armaremos a la clase obrera! —Le arrebató a Varia la bandera roja—. ¡Seguidme!

(Y poco después el zar abdica):

La monarquía simbolizaba la ineptitud, la crueldad y la derrota, no la legitimidad. Por suerte, también otros lo sentían así. Kérenski, que se había convertido en ministro de Justicia, propuso ordenar al gran duque Miguel que rechazara la corona, y, para alivio de Grigori, la mayoría estuvo de acuerdo.

El propio Kérenski y el príncipe Lvov recibieron instrucciones de ir a reunirse con Miguel de inmediato. Miliukov miró fijamente a través de su monóculo y exclamó:

—¡Yo iré con ellos, en representación de la opinión de la minoría!

Grigori supuso que esa absurda propuesta sería aplastada, pero los demás ministros asintieron con debilidad. En ese momento, Grigori se levantó.

—Y yo acompañaré a los ministros como observador del Sóviet de Petrogrado —dijo, sin reflexionarlo mucho.

—Muy bien, muy bien —accedió Kérenski con cansancio.

Salieron del palacio por una puerta lateral y subieron a dos limusinas Renault que ya los estaban esperando. El antiguo presidente de la Duma, el orondo Mijaíl Rodzianko, también iba con ellos. Grigori no acababa de creerse que eso le estuviera sucediendo a él. Formaba parte de una delegación que iba a ordenar a un príncipe heredero que se negara a ser coronado zar. Menos de una semana antes, había bajado dócilmente de una mesa porque el teniente Kirílov se lo había ordenado. El mundo cambiaba tan deprisa que era difícil seguirle el paso.

Grigori nunca había estado dentro de la residencia de un acaudalado aristócrata, y fue como entrar en un mundo de ensueño. La enorme casa estaba repleta de riquezas. Allá adonde mirara había jarrones espléndidos, sofisticados relojes, candelabros de plata y adornos con engarces de piedras preciosas. Si hubiera arramblado con un cuenco de oro y hubiese salido corriendo por la puerta principal, podría haberlo vendido por dinero suficiente para comprarse una casa; solo que en esos momentos nadie querría comprar un cuenco de oro, la gente solo quería pan.

Al príncipe Gueorgui Lvov, un hombre de cabello plateado con una enorme barba muy poblada, estaba claro que la decoración no le impresionaba lo más mínimo, como tampoco lo intimidaba la solemnidad de su cometido; todos los demás, sin embargo, sí parecían nerviosos. Esperaron en el salón, bajo la severa mirada de ancestrales retratos, arrastrando los pies sobre las espesas alfombras.

Por fin apareció el gran duque. Era un hombre de treinta y ocho años que estaba quedándose prematuramente calvo y lucía un pequeño mostacho. Para sorpresa de Grigori, se lo veía más nervioso que a la delegación. Parecía tímido y

desconcertado, a pesar de que mantenía la cabeza erguida con altivez. Al final reunió suficiente valor para hablar.

—¿Qué tienen que decirme?

—Hemos venido a pedirle que no acepte la corona —contestó Lvov.

—Oh, válgame... —dijo Miguel, que no parecía saber qué hacer a continuación.

Kérenski mantuvo la presencia de ánimo. Habló con voz clara y firme.

—El pueblo de Petrogrado ha reaccionado con indignación a la decisión de Su Majestad el zar —dijo—. Un enorme contingente de soldados ya está marchando hacia el Palacio de Táurida. Se producirá un violento levantamiento, seguido de una guerra civil, a menos que anunciemos de inmediato que se ha negado usted a asumir el gobierno como zar.

—Ay, Dios mío... —dijo Miguel con debilidad.

Grigori vio que el gran duque no era un hombre muy brillante. «¿De qué me sorprende?», pensó. Si esa gente fuera inteligente, no estarían a punto de perder el trono de Rusia.

—Alteza real, yo represento a la opinión minoritaria del gobierno provisional. A nuestro parecer, la monarquía es el único símbolo de autoridad legítima —dijo Miliukov, siempre con su monóculo.

Miguel parecía más desconcertado aún. Lo último que necesitaba era tener que decidir, comprendió Grigori; eso solo empeoraba las cosas.

—¿Les importaría que hablase un momento en privado con Rodzianko? No, no se vayan todos, nosotros nos retiraremos a una sala contigua —dijo el gran duque.

Cuando el antiguo presidente y el titubeante zar recién designado salieron, los demás se pusieron a hablar en voz baja. Nadie le dijo nada a Grigori. Era el único hombre de clase obrera de la sala y sentía que les daba un poco de miedo, sospechando (y con acierto) que los bolsillos de su uniforme de sargento estaban repletos de armas y munición.

Rodzianko reapareció.

—Me ha preguntado si podríamos garantizar su seguridad personal en caso de que se convirtiera en zar —dijo. Grigori sintió repugnancia, aunque no sorpresa, al ver que al gran duque le preocupaba más su persona que su país—. Le he dicho que no —terminó Rodzianko.

—¿Y...? —preguntó Kérenski.

—Se reunirá con nosotros dentro de un momento.

Se produjo una pausa que pareció interminable y, después, Miguel volvió a entrar. Todos guardaron silencio. Durante un largo momento, nadie dijo nada.

Al cabo, fue Miguel quien tomó la palabra:

—He decidido rechazar la corona.

Grigori sintió que se le detenía el corazón. «Ocho días —pensó—. Hace ocho días que las mujeres de Viborg marcharon por el puente Liteini. Y hoy el reinado de los Romanov ha llegado a su fin.»

Recordó las palabras de su madre el día en que muriera: «No descansaré hasta que Rusia sea una república». «Descansa ahora, madre», pensó él.

Kérenski le estrechaba la mano al gran duque mientras le decía algo grandilocuente, pero Grigori no lo estaba escuchando.

«Lo hemos conseguido —pensó—. Hemos organizado una revolución.»

«Hemos derrocado al zar.»

(Y así se vivía el momento en el resto del mundo):

En Berlín, Otto von Ulrich descorchó una mágnam de champán Perrier-Jouët de 1892.

Otto alzó entonces su copa.

—¡Adiós al zar! —exclamó.

—Me sorprende usted, padre —dijo Walter, molesto—. ¿De verdad está celebrando el derrocamiento de una monarquía legítima a manos de una turba de obreros de fábrica y soldados amotinados?

A Otto se le congestionó el rostro. La hermana de Walter, Greta, le dio unas palmaditas a su padre en el brazo para tranquilizarlo.

—No haga caso —dijo—. Walter solo dice esas cosas para importunarlo.

—Llegué a conocer al zar Nicolás cuando estuve en nuestra embajada de Petrogrado —terció Konrad.

—¿Y qué impresión se llevó, señor? —preguntó Walter.

Monika respondió por su padre.

—Papá solía decir que, si el zar hubiese nacido con otra condición social, podría haber llegado a ser, no sin cierto esfuerzo, un cartero competente —dijo, dirigiéndole a Walter una sonrisa de complicidad.

--

En una trinchera fría y húmeda del nordeste de Francia, el pelotón de Billy bebía ginebra.

La botella la había sacado Robin Mortimer, el oficial retirado del servicio.

—Había reservado esto —dijo.

—Vaya, me dejas patitieso —dijo Billy, usando una de las expresiones de Mildred. Mortimer era un tacaño y nunca se le había visto invitar a nadie a tomar un trago.

Sirvió el licor en los platos de campaña.

—Por la maldita revolución —dijo, y todos bebieron.

Después volvieron a tender los platos para que Mortimer se los llenara otra vez.

Billy estaba de muy buen humor, ya lo había estado antes de beber la ginebra. Los rusos habían demostrado que todavía era posible derrocar a los tiranos.

Estaban cantando «La roja bandera» cuando el conde Fitzherbert rodeó la barrera de protección cojeando y chapoteando en el fango. Lo habían ascendido a coronel y se había vuelto más arrogante que nunca.

—¡Silencio, hombres! —gritó.

Los cánticos se fueron apagando.

—¡Estamos celebrando el derrocamiento del zar de Rusia! —dijo Billy.

—Era un monarca legítimo, y quienes lo han depuesto no son más que criminales. Basta de canciones —replicó Fitz, furioso.

El desprecio de Billy por el conde aumentó un poco más.

—Era un tirano que asesinó a miles de sus súbditos. Hoy, todos los hombres civilizados tienen un motivo de alegría.

Fitz lo miró más detenidamente. Ya no llevaba el parche, pero el párpado izquierdo le había quedado caído, aunque no parecía que le afectara a la visión.

—Sargento Williams... Tendría que haberlo adivinado. Te conozco... a ti y a tu familia.

«Y que lo digas», pensó Billy.

—Tu hermana es una agitadora pacifista.

—Igual que la suya, señor —contestó Billy, y Robin Mortimer rió a carcajadas, aunque calló enseguida.

--

En Londres, la princesa Bea gritó:

—¡No!

—Intenta tranquilizarte —dijo Maud, que acababa de darle la noticia.

—¡No pueden! —gritó Bea—. ¡No pueden obligar a abdicar a nuestro amado zar! ¡Es el padre de su pueblo!

—Puede que sea lo mejor...

—¡No te creo! ¡Es una horrenda mentira!

Se abrió la puerta y Grout asomó la cabeza con aspecto preocupado.

Bea agarró un jarrón japonés que contenía un arreglo de hierbas secas y lo lanzó al otro lado de la estancia. Se hizo añicos al estrellarse contra la pared.

Maud le dio unas palmaditas en el hombro a su cuñada.

—Ya está, ya está —dijo.

--

Ethel y Bernie estaban en Aberowen. Era una especie de luna de miel. A Ethel le estaba gustando mostrarle a Bernie los lugares de su infancia: la bocamina, el templo, el colegio. Incluso se lo llevó a visitar Ty Gwyn —Fitz y Bea no estaban en la casa—, aunque no le enseñó la Suite Gardenia.

Dormían en casa de la familia Griffiths, que habían vuelto a ofrecerle a Ethel la habitación de Tommy, con lo que evitaban molestar al abuelo. Estaban en la cocina de la señora Griffiths cuando su marido, Len, socialista ateo y revolucionario, irrumpió agitando un periódico en la mano.

—¡El zar ha abdicado! —exclamó.

Todos lo aclamaron y aplaudieron. Llevaban una semana oyendo hablar de los disturbios de Petrogrado, y Ethel se había preguntado en qué terminarían.

—¿Quién se ha hecho con el poder? —preguntó Bernie.

—Un gobierno provisional encabezado por el príncipe Lvov —contestó Len.

—Entonces no es tan gran triunfo para el socialismo —dijo Bernie.

—No.

—Animaos, hombre. ¡Cada cosa a su tiempo! Vayamos al Two Crowns a celebrarlo. Dejar a Lloyd un rato con la señora Ponti —dijo Ethel.

--

En la modernísima casa campestre de Josef Vyalov en Buffalo, Lev Peshkov se sirvió una bebida del mueble bar. Ya no bebía vodka. Desde que vivía con su adinerado suegro, había empezado a sentir predilección por el whisky escocés. Le gustaba como lo bebían los americanos, con cubitos de hielo.

A Lev no le entusiasmaba vivir con sus suegros. Habría preferido que Olga y él tuvieran casa propia, pero ella lo había querido así, y su padre lo pagaba todo. Hasta que Lev lograra acumular unos ahorros, se encontraba atado de manos.

Josef leía el periódico y Lena estaba cosiendo. Lev levantó su vaso hacia ellos.

—¡Larga vida a la revolución! —exclamó con euforia.

—Cuidado con lo que dices —comentó Josef—. Será malo para los negocios.

--

—¿Tú qué piensas, Gus? —preguntó el presidente Wilson—. Eres el único de por aquí que ha llegado a estar en Petrogrado. ¿Qué es lo que sucederá?

—Detesto parecer un funcionario del Departamento de Estado, pero la situación podría decantarse en cualquier dirección —respondió Gus.

El presidente rió. Se encontraban en el Despacho Oval; Wilson tras su escritorio, Gus de pie delante de él.

—Venga —dijo el presidente—. Aventura algo. ¿Se retirarán los rusos de la guerra o no? Es la pregunta del año.

—De acuerdo. Todos los ministros del nuevo gobierno pertenecen a partidos políticos que espantan, con «socialista» y «revolucionario» en el nombre, pero la verdad es que son empresarios y profesionales de clase media. Lo que quieren en realidad es una revolución burguesa que les dé libertad para fomentar la industria y el comercio. Pero la gente quiere pan, paz y tierra: pan para los obreros de las fábricas, paz para los soldados y tierra para los campesinos. Nada de eso les dice nada a hombres como Lvov y Kérenski. De modo que, respondiendo a su pregunta,

me parece que el gobierno de Lvov intentará promover cambios graduales. En concreto, creo que seguirán adelante con la guerra. Pero los obreros no quedarán satisfechos.

—Y ¿quién ganará al final?

Gus recordó su viaje a San Petersburgo, y al hombre que le había enseñado cómo se fabricaba una rueda de locomotora en una fundición sucia y medio en ruinas de la fábrica Putílov. Después, Gus había visto a ese mismo hombre peleándose con un policía por una chica. No recordaba el nombre de aquel obrero, aunque sí su aspecto: sus anchos hombros, sus fuertes brazos y su dedo cortado, pero, sobre todo, la implacable determinación de su fiera mirada de ojos azules.

—El pueblo ruso —dijo Gus—. Son ellos quienes ganarán al final.